

Enrique Molina

La herencia moral de Sócrates



QUE vida más admirable la de Sócrates. Se desenvuelve con relieves dramáticos intensos desde la existencia ordinaria, que se ha prestado a la burla cómica, hasta los episodios que han alcanzado altitudes heroicamente trágicas. «Es la más gran figura de la historia del pensamiento griego, dice L. Robin, de él derivarán directamente o por obra de intermediarios todas las corrientes ulteriores de la filosofía. Y sin embargo es casi una figura de leyenda».

Sócrates no dejó nada escrito y probablemente no escribió nada tampoco. Lo que sabemos de él lo debemos a las páginas que le han consagrado sus discípulos, en primer lugar el gran Platón y luego Jenofonte y Antístenes. También se encuentran importantes noticias en Aristóteles, tanto sobre la persona como sobre la filosofía de Sócrates.

Jenofonte, como se sabe, no tiene el estro artístico de Platón ni su vena de gran escritor. En las obras que ha dedicado a Sócrates, las Memorables, la

Apología de Sócrates y el Banquete, se presenta el carácter del maestro con rasgos predominantemente utilitarios y prácticos. Por este y otros motivos la crítica no ha dejado de hacer reparos a Jenofonte sobre su falta de exactitud en muchos puntos. Parece que Jenofonte puso a menudo su interpretación de Sócrates al servicio de sus tendencias conservadoras.

Sócrates es interlocutor, a menudo el principal interlocutor de todos los diálogos de Platón con excepción de Las Leyes (*). Es claro que muchas veces no pone otra cosa Platón en los labios de su venerado maestro que sus propias ideas. Creo que jamás se ha levantado en el mundo de las letras un monumento igual al que Platón erigió a Sócrates al hacerlo personaje eminente de casi todos sus diálogos. Dante, Shakespeare, Goethe, Víctor Hugo han construído sus propios monumentos con sus obras, pero no los de los personajes que figuran en ellas. Cervantes dió vida a un ser perdurable, pero don Quijote, por más que encarne con relieves geniales rasgos esenciales de la naturaleza humana, es una creación de la fantasía. Los diálogos de Platón son el estuche del alma extraordinaria de un hombre que vivió. Por ellos vive aún entre nosotros. Y el héroe platónico, héroe de carne y hueso, fué más Quijote que el héroe de la fantasía cervantina. Mien-

(*) Los diálogos del primer período de Platón se llaman socráticos. Se comprenden entre éstos, principalmente, La Apología de Sócrates, Critón, Fedón, Eutifrón, Laches, Karmides, Theetete. Recordemos además por su importancia, La República, el Banquete, Gorgias, Protágoras, el Sofista.

tras el hidalgo manchego a la hora de la muerte vuelve en sí, reconoce que ha vivido equivocado y escarnece los ideales que han sido su locura, Sócrates, como un super-Quijote, afronta fría y valientemente la muerte para servir a sus ideales.

Fuentes de informaciones sobre Sócrates nos ofrecen todavía las piezas de los comediógrafos como Aristófanes, Ameipsias y Eupolis; pero éstos fueron por lo común apasionados e injustos y movidos por intereses políticos partidistas.

Nació Sócrates en Atenas el año 469 o poco después, hijo del escultor Sofronisco y de la matrona Fenareta. Se refiere que Sócrates decía en broma que él en filosofía no había hecho otra cosa que aplicar a los espíritus el método del arte de su madre, esto es, ayudar a dar a luz. Durante algún tiempo siguió Sócrates la profesión de su padre y parece que llegó a ejecutar obras de mérito, como probablemente una estatua de las Gracias.

Pero luego tuvo la conciencia de que era otra su misión. Sócrates hablará más tarde de su *Demonio* o *Genio* interior, que le indicará lo que debe hacer, y particularmente en las circunstancias difíciles, lo que debe evitar. Sin creerse ni mesías ni profeta y sin serlo en un sentido religioso en verdad, Sócrates tenía la vivencia de que su misión era divina y admitía la intervención de la Providencia en los rumbos de su vida. Uno de los familiares del filósofo, Kerefón, preguntó a la Pitonisa de Delfos si había algún hombre más sabio

que Sócrates. La respuesta fué negativa. Desde ese momento se acentuó en nuestro filósofo la creencia en lo divino de su misión y se consideró al servicio de Apolo para llevarla a cabo. Pero semejante estado de alma hay que concebirlo sustentado, no por un fanático sino por un hombre de mundo como era Sócrates y capaz de aguda ironía. El mensaje que trae el sabio ateniense es ante todo moral. Su filosofía propia no es la metafísica, ni dogmática ni escéptica; no es ciencia especulativa, sino la búsqueda de la vida moral personal. Quiere Sócrates despertar a sus compatriotas del letargo de la inmoralidad o de la moral simplemente tradicional; dar a la moral autonomía e independencia de la religión, pero dentro del respeto debido a la religión misma, al Estado y al derecho positivo; hacer reflexionar a los hombres y suscitarles inquietudes sobre la rectitud de su vida interior; formar personalidades libres, no sujeta a la tiranía de deseos e intereses, capaces de sobreponerse al dolor y sin temor ni a la muerte ni a la incertidumbre del más allá. La busca misma de lo verdadero debe servir, principalmente, a estos elevados fines éticos y así se obtiene una felicidad sólida, la única libre de contingencias y hecha como si dijéramos con la substancia misma del alma moralmente depurada.

Sócrates ejercía su espontáneo y libre magisterio, obedeciendo al mismo tiempo a una necesidad imperiosa de obtener la claridad de pensar. «Ha habido en todos los siglos, dice Gomperz, inteligencias claras, frías

y fuertes; en todos los siglos han palpitado corazones ardientes. Pero es raro que una inteligencia fría se muestre asociada a un corazón ardiente y más raro aun que un corazón de intensa energía, obrando como una caldera a vapor de una máquina de fabricar hielo, se emplee exclusivamente en impedir que se caldeee la inteligencia. Una combinación de facultades tan extraordinarias no se encuentra más de una vez en el curso de millares de años. Pero cuando se produce ejerce una acción que, como para indemnizarnos por su rareza, se prolonga durante una larga serie de siglos. A Sócrates le conviene el título de «entusiasta de la sobriedad» mucho más que a Benjamín Franklin, a quien también se ha aplicado».

Sócrates no ha estado muy lejos ni de la antigua filosofía ni de la nueva filosofía de su tiempo, o sea, ni de la metafísica naturalista ni de la sofística. Seguramente ha leído y aprovechado con sus discípulos los tesoros de la sabiduría del pasado. Se le ha presentado tradicionalmente como enemigo de los sofistas. En cierto sentido en efecto lo fué, pero por otra parte recibió la influencia de ellos. Conoció personalmente y no ha podido dejar de estimar a Protágoras y a Gorgias. Aprovechó las enseñanzas de Pródicos. Era como ellos progresista y creía necesario un cambio en la organización del Estado y de la sociedad. Es Sócrates también, como los sofistas, una especie de profesor público, pero con la diferencia esencial de que sus lecciones no son sistemáticas y de que por ellas no cobra honorarios.

En definitiva es mayor la oposición que la analogía entre la filosofía socrática y la filosofía sofística. Falta a los sofistas lo que constituye uno de los fundamentos de la grandeza filosófica de Sócrates, la convicción de que se puede alcanzar una ciencia objetivamente verdadera. Saben los sofistas presentar como dudoso todo lo que hasta entonces había pasado por cierto, pero no creen en la posibilidad de alcanzar la verdad. Pueden, pues, coincidir con Sócrates en el punto común de que ellos no se ocupan ya de investigaciones físicas sino de la preparación del hombre para la vida práctica, pero esta educación tiene en las actividades sofísticas un sentido muy distinto del que le da Sócrates. La finalidad última de la enseñanza sofística es una habilidad enteramente formal, adiestrar al individuo para los torneos de la retórica. Para Sócrates, al contrario, la finalidad es el conocimiento de una verdad objetiva. Consecuentemente la sofística conduce a la incertidumbre moral; Sócrates llega a doctrinas que sostienen la posibilidad de la virtud. No se puede identificar la proposición de Protágoras de que «el hombre es la medida de todas las cosas» con el principio socrático de que la conducta obedezca a convicciones personales. Agreguemos todavía para terminar este cuadro de oposiciones que Sócrates preconiza en principio el respeto de la ley escrita y de las instituciones existentes al frente de un impreciso derecho natural defendido por los sofistas. Si las tendencias sofísticas hubieran llegado a dominar sin contrapeso, la filosofía griega habría su-

cumbido para siempre. Sócrates, genio y héroe de la moral, la salvó de este descabro.

No podía ser más laudable la tarea del filósofo ateniense. No sólo con una finalidad crítica salía al encuentro de doctrinas disolventes sino que además buscaba nuevas bases para la vida espiritual de una época desorientada. Uno y otro aspecto de la tarea se completaban. Los tiempos de la fe que campea segura de sí misma en las tragedias de Esquilo y de Sófocles estaban ya distantes. El siglo de Pericles se acercaba a su ocaso y la duda y el escepticismo se habían apoderado de la mentalidad ateniense, como lo da a conocer el amargo teatro de Eurípides.

Aristófanes pinta a Sócrates en *Las Nubes* como un maestro que mantiene un instituto o academia.

La verdad es que Sócrates no abrió nunca un establecimiento de enseñanza ni fué maestro titular de ningún instituto. Tampoco aspiró como sabemos, a obtener remuneración alguna por sus actividades filosóficas. Era de un desinterés absoluto. Buscaba Sócrates el filosofar en común y por medio de diálogos. Según la tradición, no se cansaba jamás de conversar. Acechaba ávidamente las oportunidades para entablar charlas de que la inteligencia y la moralidad pudieran sacar algún provecho. Todos los días recorría los mercados, los paseos públicos, los gimnasios, los talleres, para anudar con conocidos y desconocidos diálogos que sabía encaminar pronto hacia puntos científicos o morales. No quería dar lecciones sino aprender con los demás; antes

que imponer sus propias convicciones aspiraba a examinar la de los otros; no pretendía ofrecer una verdad totalmente hecha como una moneda acuñada, sino despertar el sentido de la verdad y de la virtud, mostrar el camino para alcanzarlas, destruir la falsa ciencia y buscar la verdadera. Según las palabras que Platón pone en sus labios, dice el mismo Sócrates: «Mi sola ocupación es en efecto ir por las calles para persuadir a los jóvenes y viejos, de que no os preocupéis de vuestra fortuna sino en cambio apasionadamente de vuestra alma para hacerla tan buena como sea posible. Sí, mi misión es decir a los que la fortuna no trae la virtud sino que de la virtud provienen la fortuna y todo lo que es ventajoso sea a los particulares, sea al Estado» (*).

Algunos han descrito al maestro andando en sus deambulaciones invierno y verano con el mismo traje raído y gastado y descalzo «como para desafiar a los zapateros». El cómico Eupolis lo llama «pordiosero charlatán».

Es verdad que Sócrates era sencillo, por lo general sobrio, y necesitaba muy poco para vivir. Pero no es probable que fuera tan descuidado en su persona hasta merecer el calificativo de pordiosero quien frecuentaba el trato de Pericles, de su mujer Aspasia y de aristócratas como Critias y Alcibiades.

Memorable son los rasgos con que éste último lo enaltece en el elogio que le tributa en el Banquete de

(*) Apología de Sócrates.

Platón. «Sócrates es de cara aplanada, ñato, de labios gruesos, ojos a flor de piel y barbón, figura de Sileno en una palabra; pero hay estatuas de estos seres mitológicos que, siendo deformes naturalmente por fuera, pueden abrirse y revelan que llevan en su interior un dios. Lo propio ocurre con Sócrates: reñida su persona con la belleza plástica, como un Sileno, en cambio, cuando muestra su alma resplandece en ella la más pura belleza espiritual. Pasa su vida en chanzas y burlas con las gentes, pero cuando se torna serio y vuelca el interior de su conciencia aparece tan maravillosamente bello que es imposible resistir a su voluntad. El sileno Marsyas encantaba con su música; Sócrates encantaba con su palabra. Los hombres, las mujeres, los jóvenes, todos se sienten arrebatados por él. Mi corazón palpita al oírlo, continúa Alcibiades; es la única persona ante la cual me sonrojo y la única que me ha hecho sentir insoportable la vida que he llevado».

Agreguemos que sus discípulos encuentran a Sócrates tan empapado en sentimientos de justicia que no ha hecho nunca mal a nadie, tan dueño de sus impulsos que jamás prefería lo agradable al bien. El maestro es un hombre lleno de paciencia, vigoroso y fuerte en todo sentido. Se refiere un hecho que puede dar fe de su capacidad de resistencia física y de atención espiritual. Le ocurrió mientras fué soldado. Una mañana en el campamento de Potidea, se puso Sócrates a meditar en un asunto que le interesaba. Estaba de pie y permaneció así, de pie, sin cambiar de lugar sumido en su

meditación, todo el día, toda la noche, hasta la mañana siguiente.

En las palabras recién citadas de Alcibiades se apunta algo la discordancia de que con fundamento habla Platón entre la forma externa y el fondo de la naturaleza de Sócrates, que producía en la gente una impresión desconcertante. Por fuera ejecuta todos los actos de un hombre ordinario e interiormente lleva una vida intensa, oyendo la voz de un demonio alojado en su alma y experimentando a veces estados de éxtasis. Vive como pobre y frecuenta una sociedad elegante y rica. Su sobriedad es comúnmente ejemplar, y, llegado el caso, nadie bebe como él. Sus discursos suelen ser groseros, llenos de comparaciones vulgares y triviales, y sin embargo es capaz, gracias al encanto de su elocuencia cordial, de penetrar como nadie en el ánimo de los demás. No hay hombre más casto ni ninguno que haya tenido más amores. Hace profesión de no saber nada y obliga a los sabios de profesión a confesar su ignorancia.

Sócrates poseía aún las cualidades de un excelente compañero. En sus costumbres se hallaba muy lejos del ascetismo y era hasta cierto punto un vividor mundano sin perder jamás el control de sí mismo. Para resistir los efectos del alcohol daba muestras de una cabeza tan sólida como la que lucirá siglos más tarde Pedro el Grande de Rusia. Platón nos lo pinta en su citado Banquete, el banquete del poeta laureado Agatón, bebiendo con el anfitrión y los convidados hasta el ama-

necer, los deja a todos borrachos, botados debajo de la mesa, y él sale con su cabeza muy fresca a atender sus ocupaciones diarias.

El hogar no ocupaba un gran sitio en la vida de Sócrates, en lo que no se apartaba de las costumbres corrientes de sus compatriotas. Al parecer, su mujer Jantipa no contribuía tampoco a hacérselo atrayente. Era ella de carácter difícil y violento. La tradición la ha incorporado en la historia como la Crisanta, virago y tarasca a la vez, del siglo de Pericles. ¡Pobre Jantipa! Su marido, hombre superior sin duda, no llegaba a la casa muchas noches y se pasaba por lo general los días en parloteos que no le producían un solo centavo. ¿Qué puede hacer cualquiera mujer con un marido semejante?

Es frecuente considerar a Sócrates como un rebelde revolucionario y que su condenación a muerte habría sido la justa consecuencia de sus manejos subversivos. Pero esto no es exacto. La revolución socrática, inmensa y trascendental revolución, no fué de carácter social y político sino de orden psíquico y moral. Sócrates no golpeaba a las puertas de las almas para invitarlas a derribar el Estado ni siquiera las prácticas del culto, sino para que se mejoraran interiormente y llegara a florecer la colectividad en un gran perfeccionamiento efectuado en cada individuo de adentro hacia afuera.

Platón y Jenofonte se hallan contestes en que Sócrates era piadoso y respetaba las leyes de su patria.

No tomó parte en la vida política, pero cumplió siempre con sus deberes de ciudadano y combatió por su país como valiente soldado en la guerra del Peloponeso. Sus convicciones no le permitían una participación directa en la vida política. Criticaba los defectos del sistema democrático, particularmente el procedimiento de elegir los magistrados por sorteo, y le repugnaba tener que ceder a las exigencias de un populacho corrompido. Para él lo primero era el cuidado del perfeccionamiento del alma y pensaba servir mejor a Atenas preparándole buenos hombres de Estado que tratando de ser él mismo uno de ellos. Sin embargo, una vez fué miembro del Consejo de los Quinientos y de la comisión de los pritáneos. Durante ese tiempo, la Asamblea del Pueblo, a pesar de la decisión en contrario de la comisión, exigió la condenación a muerte de los generales vencedores de las islas Arginusas, porque no habían podido recoger todos los cadáveres de los caídos en la lucha. Sócrates fué el único miembro de la comisión que hizo frente a la furia popular y rehusó someter a votación la ilegal e injusta proposición (406).

Poco después supo mantenerse firme, con peligro de su vida, ante las exigencias de los Treinta Tiranos y se negó a servir de instrumento para sus venganzas.

• • •

Sócrates entendía el dicho del oráculo de Delfos de que él fuera el más sabio de los atenienses en el sentido

de que él reconocía su ignorancia mientras que los demás no lo hacían. Tal es el significado de su famoso «Sólo sé que nada sé», acto de modestia, tal vez irónica modestia, pero no confesión de escepticismo.

Los sofistas desorientados por las controversias de los filósofos naturalistas anteriores a ellos sobre teorías que se destruían unas a otras, habían llegado a la convicción de que era imposible alcanzar la verdad. Una de las formas del apostolado de Sócrates fué, en cambio, creer en ella y buscarla.

El otro célebre apotegma socrático de «Conócete a ti mismo» significa por un lado el reconocimiento de la propia ignorancia de que acabamos de hablar, y, por otro, la declaración de que existe la posibilidad de conocer algo. Este algo es el hombre, principal objeto de la ciencia.

A descubrir la verdadera ciencia se dedica Sócrates para obedecer al mandato divino que siente en sí. Los problemas morales mismos deben descansar sobre esta ciencia y por la fuerza con que supo sentir tal necesidad llegó a ser Sócrates entre los griegos el creador de una moral independiente. No le bastaba que los hombres hicieran el bien. Era menester que supieran por qué lo hacían. Pide Sócrates que no obedezcamos solamente a una impulsión ciega, a una inspiración obscura, a una disposición derivada del hábito, por buenas que sean. Quiere que de una conciencia clara nazcan nuestras acciones. La necesidad de alcanzar un saber

positivo para obrar moralmente bien es un punto esencial de la filosofía socrática.

Trata de llegar Sócrates al conocimiento de la verdad confrontando sus pensamientos con los de los demás hombres. De aquí su práctica del diálogo y su busca de filosofar en común. Cada interlocutor da de su espíritu y aprovecha del saber de su coparlante. Es el método que en el *Theetetes* se llama la mayéutica.

Pero como muy a menudo los otros no poseen la ciencia buscada y las preguntas de Sócrates no conducen más que a poner en descubierto la ignorancia del interrogado, el procedimiento se convierte en ironía. No hay en ésta nada de sarcasmo ni de burla hiriente. El filósofo que ha empezado por confesar su ignorancia, llega al humorístico descubrimiento de que es más ignorante que él todavía aquél a quien le ha ido a pedir mayores luces.

No obstante el procedimiento avanza. Con las interrogaciones y respuestas se van definiendo los conceptos, como se observa en los diálogos de Platón. Así llegamos a la inducción socrática, cuyo punto de partida son las opiniones más comunes y que es menester no confundir con el método a que da el mismo nombre la lógica moderna.

He aquí dos ejemplos de inducción socrática.

—¿Cuál es el concepto del jefe o del soberano? La opinión general considera como jefe al que tiene el poder de mandar. Pero este poder, observa Sócrates, no se concede en un buque sino al piloto; en una enferme-

dad, al médico; en general al hombre competente. El soberano es, pues, solamente aquel que posee los conocimientos necesarios para mandar.

«En el círculo de los compañeros del filósofo, nos cuenta Jenofonte, se debatió un día la cuestión de saber qué es la justicia y la injusticia. Sócrates propone escribir sobre la arena, una al lado de la otra, las iniciales de estas dos palabras y colocar debajo de ellas los nombres de las acciones pertenecientes a cada una de estas rúbricas. En el segundo de estos grupos están colocadas la mentira, el fraude, la violencia, etc. Después la atención recae sobre ejemplos que contradigan esta clasificación. Aparece en un principio, que todas estas acciones cometidas durante la guerra y contra enemigos, no son consideradas como injustas. De esto resulta entonces una primera modificación. Las acciones indicadas no deben caer bajo la rúbrica de la injusticia sino cuando son ejercidas contra los amigos, en el sentido más extenso de la palabra. Sin embargo, es imposible detenerse aquí. ¿Qué si el general trata de reanimar el decaído valor de sus tropas anunciándoles engañosamente que se aproximan las fuerzas aliadas? ¿Qué si el padre mezcla con los alimentos el remedio que su hijo rechaza, se lo presenta así y asegura su curación mediante un engaño? ¿Qué si todavía el temor de ver suicidarse a un amigo, dominado por la melancolía, nos impulsa a quitarle el arma que podría servirle para este uso? Una nueva modificación de las primeras determinaciones parece, pues, necesaria. Para que

las acciones ya enumeradas puedan ser consideradas con razón como subdivisiones de la injusticia, es preciso también que sean cometidas con la intención de hacer daño a las personas contra las cuales van dirigidas» (*). El hombre injusto es aquel que engaña y roba a sus amigos para beneficiarse.

Sócrates analizaba así de una manera profunda las concepciones de sus interlocutores. Les señalaba todos los aspectos de cada cuestión; ponía en evidencia las contradicciones de sus ideas y trataba de corregir y completar las opiniones sacadas de una experiencia particular por medio de experiencias de otro género.

La mayor virtud del investigador, una inagotable paciencia, se juntaba en Sócrates a una de las más altas cualidades, la completa independencia de todo prejuicio. Ninguna proposición, en su sentir, es tan evidente por sí misma, tan sólidamente verdadera que uno no deba examinarla de nuevo a fondo para verificar su valor desde que la menor duda se suscite respecto de ella. Ninguna afirmación es tan paradójal o tan chocante para negarnos a considerarla con la mayor atención, para impedirnos buscar aspectos de la realidad que puedan obrar en su favor. Ninguna investigación, por penosa que parezca, debe ser evitada. No debemos rechazar sin examen las opiniones contrarias a nuestras ideas ni tratar de aplastarlas bajo el ridículo, las injurias o el sarcasmo. El juicio de Sócrates no es jamás

(*) Th. Gomperz: *Les Penseurs de la Grece*. II. P. 57.

influenciado por el amor o por el odio. Lo único que condena en este orden de cosas es el odio al discurrir, la *misología*.

* * *

Platón nos presenta a Sócrates como a un pensador eminente, familiarizado con todas las ramas de la ciencia. La filosofía posterior, desde Aristóteles hasta los estoicos y los neoplatónicos, reconoció en él al fundador de una filosofía nueva, al origen de su propio movimiento de ideas en sus más variadas corrientes.

Sin ocuparse particularmente de la teología, no dejó Sócrates de expresar algunas opiniones sobre los dioses y el culto que se les debe. Por sobre la multiplicidad de los dioses del politeísmo, se eleva en él constantemente la idea de la unidad divina, y reduciendo aquéllos a instrumentos del dios único, establece la armonía necesaria entre las dos creencias. Pero sus ideas sobre dios y los dioses se hallan muy lejos de tener la precisión de las creencias vulgares. A veces, dice Gomperz, parece comulgar con un panteísmo poético, a veces con un deísmo finalista. Su concepción de la naturaleza es teológica. Todo en ella está ordenado para servir al bien del hombre. Ya hemos visto anteriormente que, de acuerdo con esta concepción, lo animaba respecto de sí mismo la confianza de la intervención de la Providencia en los actos de su vida.

Sabemos que para Sócrates el objeto propio de las

investigaciones del filósofo debía ser el hombre. El resto del universo no lo preocupaba sino en cuanto podía tener alguna influencia sobre la condición y los deberes humanos. La filosofía socrática que en su forma teórica general es una dialéctica, pasa a ser en su aplicación concreta una ética.

Con razón pudo decir Cicerón, sin darle a la frase ningún sentido peyorativo, que Sócrates había hecho descender la filosofía del cielo a la tierra.

Para llevar a cabo la restauración moral de que hizo el gran objetivo de su vida, Sócrates consideraba a la ciencia como una base indispensable. Ambos elementos se hallaban tan indisolublemente unidos en su espíritu que no supo dar a la ciencia otro objeto de la vida humana, e inversamente, no veía orientación para la vida fuera de la ciencia. No concebía nuestro filósofo una virtud sin saber o un saber sin virtud.

«Nadie peca o hace el mal voluntariamente», decía Sócrates. Esta tesis se defiende en varias partes de los diálogos platónicos y es el corolario de la convicción de que toda falla moral tiene su origen en la inteligencia y proviene de un error del entendimiento. Todavía agrega el maestro que es más bueno quien hace el mal voluntariamente que quien lo hace sin saberlo. Esto suena a paradoja o a lógica extremosamente consecuente. Tal vez Sócrates ha querido decir que de quien hace el mal a sabiendas se puede esperar un mejoramiento, porque se muestra capaz de reflexión, mientras que del inconsciente, que es como una fuerza bruta, no cabe esperar

nada. Explicación que deja a salvo el buen espíritu del filósofo que formuló la proposición, pero no la proposición misma que continúa siendo muy discutible.

Piadoso es el hombre que conoce la conducta que debe observar respecto de los dioses, justo el que sabe lo mismo respecto de los hombres, valiente es aquel que no ignora como debe portarse al frente de los peligros, prudente y sabio es el que sabe practicar las cosas buenas y nobles y evitar las malas. Todas las virtudes vienen a parar, pues, dentro del credo socrático en la ciencia o en el *sagesse*.

El saber en que piensa Sócrates no consiste en una mera información llovida desde fuera sino que debe ser adquirida por medio de la actividad intelectual propia. No hay que formar el acervo intelectual por obra de ninguna especie de autoridad sino bajo la guía de la razón. Pero Sócrates se halla muy lejos de declarar como Protágoras que «el hombre sea la medida de todas las cosas» ni de elevar, como los demás sofistas, la voluntad del individuo a la categoría de una ley. Al contrario, quiere subordinarlo a una ley objetiva fundada en la naturaleza de las cosas y en las condiciones de la actividad moral. No concibe al hombre fuera de la sociedad y reconoce, como buen griego, su deber primordial de consagrarse al Estado.

La sabiduría de Sócrates solía tomar, sobre todo según las referencias de Jenefonte, un aspecto que con razón puede parecernos demasiado práctico y utilitario. Debemos esforzarnos, dice el maestro, en ser tempe-

rantes, porque la vida dentro de la temperancia es más agradable que la lanzada por los excesos de la intemperancia. Debemos endurecernos con el ejercicio y la fatiga, porque el hombre se comporta así mejor y conquista más fácilmente la gloria y los honores. Debemos ser modestos, porque la jactancia nos es perjudicial y nos atrae menosprecio. Debemos mantenernos en buenos términos con nuestros hermanos y hermanas, porque es absurdo convertir en desventajoso para nosotros lo que nos ha sido dado para nuestro beneficio. Debemos tratar de conseguirnos amigos fieles, porque éstos constituyen el mejor tesoro que uno puede poseer. No debemos abstenernos de participar en los negocios públicos, porque el bienestar de la comunidad aprovecha a todos los individuos. Debemos obedecer a las leyes, porque esto es lo más conveniente para nosotros mismos y para el Estado. Debemos abstenernos de la injusticia, porque ella concluye siempre por ser castigada.

Seamos cautos para censurar al filósofo y no digamos precipitadamente de él, que se muestra demasiado pedestre. Desde luego, no desentona, las razones utilitarias tratándose de las máximas relativas a la temperancia y al cuidado del cuerpo. Nos chocan sí cuando se aducen para fundar las otras referentes a las relaciones humanas. Pero es casi seguro que Jenofonte tomara con preferencia de su maestro lo que más afinidad tenía con su propia mentalidad limitada y práctica. Por otra parte, haber hablado en los términos que acabamos de citar puede no haber sido sino una mues-

tra de inteligencia de Sócrates, porque hay muchísimas gentes a la cuales no es dado orientar en su conducta sino diciéndoles—¡y qué procedimiento más natural!— lo que les conviene o no les conviene hacer.

* * *

Sócrates brindaba a los demás las riquezas de su espíritu a propósito de casos particulares a medida que se le iban presentando. Sin embargo, fuera de los puntos capitales que hemos señalado ya, podemos distinguir en las enseñanzas socráticas tres cuestiones dominantes:

1.º Asegurar la independencia del individuo por medio de la limitación de las necesidades y de los deseos.

2.º Ennoblecere la vida con la amistad.

3.º Acrecentar el bien público, gracias a una vida política bien ordenada.

I. La temperancia era para Sócrates la piedra angular de toda moralidad. Si el hombre no es dueño de sí mismo no dejándose arrastrar por los placeres corporales se hallará sometido a una verdadera esclavitud. Poco después los cínicos y los estoicos acentuarán con energía esta exigencia ética. Pero hemos visto anteriormente que nuestro filósofo se encontraba muy lejos de practicar el ascetismo. Su moderación consistía en conservar en medio de los goces la claridad de su espíritu y el dominio de sí mismo. La temperancia viene a ser,

pues, una cuestión de resistencia física. Su fortaleza le permite a Sócrates excesos que para otros más débiles que él significaría caer en una amenazante intemperancia.

II. Una verdadera amistad no puede existir sino entre hombres virtuosos. La virtud y la benevolencia activa tejen los lazos que unen a los amigos. «Pero permite Sócrates que la amistad tome la forma griega del amor de niños y de hombres. El mismo, según todos los visos practicaba, sin perjuicio de que quisiera elevar la concepción patológica del Eros a la altura de una amistad moralmente lícita; en la que el fin perseguido debía ser el mayor bien de la persona amada. A la vez Sócrates participaba de la poca estimación de sus conciudadanos por el matrimonio, sentimiento que contribuía a mantener la costumbre del amor griego y ésta a su turno favorecía el desapego matrimonial. La manera como Sócrates, agrega Zeller, considera el matrimonio revela más al marido de Jantipa que al amigo de Aspasia» (*).

Al ocuparnos más adelante de Platón volveremos sobre el amor griego.

III. Gran importancia da Sócrates al Estado y con ello a los deberes que reclama de los ciudadanos. Si la condición de toda verdadera virtud es la ciencia, con mayor razón cabe exigírsela a la virtud política. Quien aspire al papel de hombre de Estado debe prepararse

(*) Zeller: *La Philosophie des Grecs*.

para sus funciones por medio de un suficiente examen de sí mismo y de estudios científicos. No son, pues, la posesión de la fuerza, ni la designación por la suerte ni la elección popular antecedentes razonables para dar a un hombre la situación de gobernante. Sólo la ciencia debe conferir esta dignidad. Pero ¡ay! un hombre competente, celoso del derecho y de la justicia, poco o nada puede hacer dentro del gobierno de las masas. Donde ellas imperan no le queda al hombre de honor más que retirarse a la vida privada. Severo juicio que ponía a Sócrates claramente en pugna con la democracia de su patria. También disentía nuestro filósofo de la opinión griega al defender el trabajo manual de los hombres libres. Nadie, según él, debe avergonzarse de llevar a cabo cualquiera actividad útil.

* * *

Hemos podido ver que las doctrinas morales de Sócrates son decididamente intelectualistas. Comete nuestro filósofo el error de no reconocer a los hábitos la importancia que les corresponde. Para su bien y para su mal el hombre es un animal de hábitos. Las actividades desenvueltas por el canal de las buenas costumbres preservan a la vida de muchos males y la hacen hasta donde es posible grata y hermosa; soltadas por el torrente de las malas conducen a las tragedias, a las enfermedades, al dolor y a la ruina espiritual y física. En la educación inglesa la formación del carácter, que

es su más alto ideal y al mismo tiempo un reconocido triunfo de la pedagogía moderna, no se obtiene principalmente por obra de razonamientos y prédicas verbales. Su fuerza conformadora la toma de la tradición y del ambiente y se encarna en hábitos saludables.

¿No tienen entonces la eficacia que les supone Sócrates para generar la virtud? Se puede contestar sin temor a equivocarse que no la tienen aquellas que significan mera información erudita salvo en cuanto el propio afán de erudición pasa a convertirse en hábito y con esto en provechosa orientación de la vida.

Las ideas y las mejores máximas son barridas fácilmente cuando soplan los vientos de la pasión o del interés. Buenas máximas no faltan; lo que suele faltar es querer, o poder aplicarlas. Los conceptos del bien y demás valores éticos no pasan de meras fórmulas si no han llegado a imponerse en la sustancia misma del alma. Para que sean eficaces como timón de la conducta es menester que alcancen la categoría de concepciones claras, logradas después de honda reflexión sobre los deberes y las responsabilidades que nos atañen y que de esta suerte hayan puesto a su servicio el calor de los sentimientos. Así las ideas se hacen carne de la voluntad. Sócrates realizó esta armonía poderosa. Intelectualista teórico fué activista de verdad. Sus ideas morales eran parte de su entraña cordial y, para ser consecuente hasta el sacrificio heroico, dió la vida por ellos.

* * *

Tenía setenta años Sócrates cuando se descargó sobre él la tormenta que se venía preparando hacía tiempo.

Sus actividades no podían haber dejado de suscitar primeramente algunos resentimientos personales. ¿Cómo iba a evitar este enojoso efecto un hombre que pasaba su vida en hacer interrogaciones con su punta de ironía y que parecía complacerse en tender celadas a los demás para que cayeran en contradicciones? Sócrates mismo reconoce en su defensa que su prurito de andar interrogando a la gente le ha suscitado enemistades y odios. Estos han engendrado a su vez las calumnias levantadas en su contra, las sombras que lo atacan, como las llama en seguida (*).

Más graves aun eran los odios y celos que esas actividades despertaban en algunos que las miraban desde un ángulo político considerándolas perjudiciales a la conservación del Estado y de sus instituciones. Un claro indicio de tal clima de opinión nos proporcionan los autores cómicos que acribillaban al filósofo con sus sátiras y lo presentaban como un hombre peligroso.

Entre éstos hemos mencionado en líneas anteriores a Aristófanes *Ameipsias* y *Eupolis*. Pinta este último a

(*) Platón: *Apología*.

Sócrates robándose cucharas en un banquete. Para Ameipsias, nuestro filósofo es «el mejor de un pequeño número de hombres, el más insensato de un gran número, y anda pensando en todo menos en los medios de procurarse una nueva túnica».

Hemos indicado ya que en *Las Nubes* de Aristófanes se presenta falsamente a Sócrates como director de un establecimiento de enseñanza. ¡Y qué establecimiento! Es «el pensadero de las almas sabias» o «el taller del pensamiento». Los discípulos viven en una especie de internado haciendo vida común con el maestro. Llevan una existencia miserable. Apenas tienen que comer y andan descalzos, harapientos y pálidos, como puros espíritus, como semi-cadáveres. Para que hablar, no digamos de comodidades, pero ni siquiera de aseo. Sócrates le ordena a un discípulo que traiga su cama y este le dice que no puede porque las chinches que tiene son tantas que no se le permiten. Una pulga ha saltado de las cejas de Kerefón a la cabeza de Sócrates. ¿Cuántas veces estarán comprendidas las patas de la pulga en la distancia recorrida? Sócrates discurre un procedimiento infalible para averiguarlo. Coge la pulga, mete sus patitas en cera derretida y con el molde que obtiene mide el trecho saltado.

Las divinidades tutelares de la escuela son el Caos, las Nubes y la Lengua y ahí se dan cita todas las sutilezas ociosas, todas las herejías de los librepensadores. Es una escuela de charlatanes donde se enseña a divagar, a mentir, a negar la existencia de los dioses,

a presentar como justo lo que es injusto, a ganar las malas causas y a perfeccionarse en las artes vulgares del fraude y de la estafa.

Se ve que una propaganda envenenada se ensañaba en nuestro filósofo. La comedia ateniense correspondió bien a su papel de cierta forma de periodismo que desempeñó entonces.

Es verdad que Sócrates consideraba necesario el obedecimiento a las leyes de la ciudad y el respeto del culto público; pero él no renunciaba al ejercicio de su libre pensamiento y sometía las instituciones tradicionales a un examen crítico de su aptitud para servir al bien y a la prosperidad general.

Nos es conocido que el demos ateniense, no obstante ser el más adelantado de su tiempo, no transigía con la libertad de pensar si la consideraba una amenaza para sus creencias y para el edificio institucional de la república. Anaxágoras, Protágoras y Diágoras habían sido víctimas de acusaciones que los obligaron a huir de la ciudad.

Durante la época de esplendor y triunfo que fué el siglo de Pericles, la intolerancia encontró un ambiente poco favorable, y Sócrates pudo practicar sus disquisiciones y prédicas sin mayores peligros. Pero luego vinieron las duras pruebas de la guerra del Peloponeso, terminada con la catastrófica caída de Atenas. A la humillación causada por el enemigo exterior se agregaron la confusión y el caos producido por una cruenta guerra civil. El pueblo ateniense salió victorioso y de-

tribó el régimen de los Treinta Tiranos. Pero el Estado había sido sacudido hasta en sus fundamentos y del pasado imperio no quedaba más que un amargo y nostálgico recuerdo. La comparación entre la grandeza perdida y la decadencia presente se imponía de manera ineluctable. No se podía dejar de buscar las causas de la fatal caída y de sacar de esta encuesta más de una enseñanza apasionada.

En este momento formularon su acusación contra Sócrates, Meletos, Anitos y Licón (399). El primero era un mediocre poeta trágico, el segundo un caudillo político demócrata que no carecía de prestigio, y el tercero un retor. Se ve que se habían agrupado acusadores bien matizados y que representaban diferentes sectores de la opinión.

Se acusaba a Sócrates: 1.º De desconocer los dioses de la ciudad; 2.º De querer introducir el culto de divinidades nuevas; y 3.º De corromper a la juventud.

En este último capítulo perjudicó sin duda a nuestro filósofo que figuraran entre sus amigos y discípulos más queridos aristócratas como el impetuoso Alcibiades, uno de los principales promotores de la desastrosa expedición a Sicilia, y Cricias que figuró entre los Treinta Tiranos.

Sócrates pudo haberse escapado fácilmente de Atenas antes de que se viera la acusación y hay motivos para creer que los acusadores no habrían deseado otra cosa; pero el maestro consideró indigno tal proceder y

se presentó ante el tribunal (una sección de la Helíaia) a defenderse.

Su actitud fué serena, valerosa e inteligente. A Meletos lo estrechó dentro de apretados interrogatorios y le probó lo falso de sus acusaciones. ¿Con qué títulos se ocupaba Meletos de la educación de la juventud y de la corrupción de ésta, cuando era una materia que no le había interesado jamás y en la que no entendía nada? ¿Por qué no se oía la voz de ningún padre, de ningún pariente de las generaciones mismas que hubiera pervertido el filósofo? ¿Cómo hacerlo comparecer ante los jueces por el delito de no creer en los dioses a él que nunca se había negado a rendirles el culto debido e hiciera tantas veces referencia a la intervención de la divinidad en su propia vida? Por servir su misión divina la pobreza fué el lote de su existencia. Y no habrá nada que lo aparte de seguir cumpliéndola mientras viva, de decir a cada uno de sus compatriotas: «Oh, mi amigo, ¿cómo siendo ateniense, ciudadano del estado más grande y más célebre por su sabiduría y su poder, no te avergüenzas de no pensar más que en adquirir riquezas, glorias y honores, sin inquietarte, sin ocuparte de la sabiduría, de la verdad y del perfeccionamiento del alma? Ni el temor a la pérdida de la vida lo apartará de esta labor. Preferirá la muerte a renunciar a ella.

Sócrates no imploró misericordia ni favor de parte de sus jueces, no adujo el cuadro triste del abandono de su familia si se le condenaba, no trató de conmo-

verlos con razones sentimentales, como parece era de uso ante los tribunales atenienses.

Sólo por una pequeña minoría de unos treinta votos se dió lugar a la acusación. Es lo más probable que con algo que hubiera puesto Sócrates de su parte la acusación no habría pasado.

El acusado tenía el derecho de proponer la pena que creyera merecer. Declaró Sócrates que por sus servicios a la colectividad, servicios que lo mantenían privado de bienes de fortuna, se consideraba acreedor como nadie a que se le alimentara en el Pritáneo por cuenta del Estado y que tal era la sanción que indicaba.

Esta actitud altiva pareció un reto con no poco de burla y su gallardo gesto lo perdió. Propuso luego el filósofo, a instancias de algunos amigos, pagar una pequeña multa, entendiendo sí que continuaría en seguida con entera libertad sus actividades de antes.

El tribunal se mostró más predispuesto en su contra que en la votación anterior y fué condenado a muerte por una mayoría superior en 100 votos a la precedente, o sea por 360 votos.

«Oh, atenienses, dijo Sócrates, sucumbo por no haber querido decir las palabras que os gusta tanto escuchar. Prefiero morir antes que deber la vida a ninguna bajeza. Ni ante los jueces, ni ante el enemigo, me es permitido a mí, ni a nadie tratar de huir de la muerte. Temer a la muerte no es otra cosa que creerse sabio sin serlo. Nadie sabe lo que es la muerte, ni si es tal vez el mayor de los bienes. Una de dos: o la muerte

significa extinción absoluta del ser y del sentimiento, o como se dice, es un cambio o un paso de este mundo al otro. Ahora si es una extinción del sentimiento y es semejante a dormir sin soñar, la muerte sería entonces una maravillosa ventaja. Porque si alguien escogiera una noche durante la cual hubiera dormido sin haber soñado, si compara a esta noche todas las otras noches y todos los otros días de su vida y se viera obligado a decir en conciencia cuantos días y cuantas noches de su vida había pasado más feliz y agradablemente que esa noche, estoy persuadido de que no hallaría sino un escaso número. Pero si la muerte es el paso de esta tierra a otra, si es verdad lo que dicen de que los muertos se dan cita allí ¿qué mayor bien podemos desear, jueces míos? Porque, en fin, si llegando al infierno, libre para siempre de los que aquí pretenden ser jueces, encontramos en esta nueva morada los verdaderos jueces, pues, según dicen, hacen allí justicia Minos, Radamante, Eaco, Triptolemo y todos los otros semidioses que han sido justos durante su vida, ¿sería entonces este viaje algo despreciable? No es que nos cueste evitar la muerte, atenienses, lo que cuesta es evitar el crimen; él corre más ligero que la muerte. Anciano y pesado como soy me he dejado alcanzar por la muerte, que es más lenta; y mis acusadores, tan fuertes y livianos, han sido alcanzados por el crimen que es más ágil. Voy, pues, a soportar la muerte a que ustedes me han condenado; ustedes soportarán los reproches de

infamia y de iniquidad a que la verdad los condena. Yo me quedo con mi pena y ustedes con la suya».

—¡Oh, señores jueces! tened muchas esperanzas en la muerte y no penséis sino en esta verdad: que no hay mal para el hombre de bien, ni durante su vida ni después de su muerte y que los dioses no lo abandonan jamás. Lo que me sucede ahora no es efecto de la casualidad; estoy muy convencido de que era para mí más ventajoso morir ahora y verme libre de las inquietudes de la vida».

«Pero ya es tiempo de que nos despedamos, yo para morir y ustedes para vivir. ¿Quién de nosotros tiene la mejor parte? Nadie lo sabe sino Dios».

Tuvo que esperar Sócrates en la prisión hasta que regresara la nave sagrada que había ido a Delfos, y estos fueron 30 días antes de que le llegara el momento de beber la cicuta.

Habiéndosele reprochado que no había hecho lo que de él dependía para evitar su fatal destino, Sócrates repuso: «Es malo, amigo, afirmar, como lo practicas en este instante, que un hombre de valor tenga que calcular sus posibilidades de vida y de muerte. No; lo que debe considerar, únicamente, cuando obra es si lo que hace es justo o no, si se conduce como hombre de corazón o como un cobarde» (*).

El rico Critón y otros amigos de Sócrates estaban desolados con la inminente ejecución de su amigo. Cri-

(*) Platón: Apología de Sócrates.

tón lo insta, le ruega que huya. Dispone de cuanto sea necesario para sobornar a los carceleros, lo que no le parece ni difícil ni peligroso. Le presenta el cuadro de sus hijos que van a quedar en la orfandad. Le hace ver lo bien recibido que sería en Tesalia, en Megara, en Tebas o en cualquiera ciudad vecina. ¿Qué va a decir de mí la gente, agrega todavía, si sabiendo cuán amigos somos, oh, Sócrates, piensan que no he querido sacrificar nada de mi fortuna para salvarte?

Sócrates sonríe agradecido, pero permanece inmovible. Hay en el alma del filósofo otras cosas más altas que todos los motivos que le ha señalado Critón.

—Tu caluroso interés, mi querido Critón, contesta Sócrates, es muy laudable siempre que esté de acuerdo con la rectitud. De otra manera no. ¿Por qué preocuparnos de la opinión del vulgo? Esta no tiene que pesar en nuestro ánimo. Lo que importa ver es la justicia de lo que me propones o si el deber lo prohíbe. El problema para el hombre no consiste tan sólo en vivir, sino en vivir moralmente bien. Debe esperarse la muerte con tranquilidad y sufrirlo todo en el mundo antes que cometer una injusticia. ¿Cómo voy a tomar ahora el camino del destierro como un esclavo fugitivo, yo que lo rechacé altivamente ante los tribunales? En cuanto a mis hijos, pienso que velaré más bien por ellos muerto con honra que exilado con deshonra. El deber de todo ciudadano es respetar las leyes de su patria hasta morir por ella si así lo disponen los poderes legítimos del

Estado. Proceder de otra suerte es atentar contra la estabilidad misma de las instituciones nacionales. (*)

Estas fueron en resumen las palabras de Sócrates y Critón tuvo que rendirse ante su trágica grandeza.

Sus amigos acompañaron todos los días en la prisión a Sócrates. En ella hizo el filósofo lo que no había hecho en su vida, poesía. Escribió un Himno a Apolo y puso en verso algunas fábulas de Esopo.

En el Fedón platónico se refieren las charlas sostenida el último día sobre la inmortalidad del alma y otros tópicos filosóficos. Sócrates tiene la parte principal en ellas y se muestra con serenidad ejemplar y con su ingenio y jovialidad de costumbre. «Amigos míos, dice el filósofo, es justo que pensemos que si el alma es inmortal se impone cuidar de ella no solo en atención al tiempo de esta vida sino a la eternidad. Es muy peligroso proceder al respecto con negligencia. Si la muerte fuera la disolución completa del hombre sería una suerte, un verdadero tesoro para los malvados, que así se verían libres a la vez de su cuerpo, de su alma y de sus vicios. Pero siendo el alma inmortal no tiene otro medio de escapar a los males que amenazan a los perversos que ser tan buena como le sea posible, porque ella no lleva al otro mundo más que sus hábitos y costumbres, que, según se dice, le atraen los más grandes bienes o los más grandes males desde el primer instante de su llegada a su nueva mansión».

(*) Platón: Critón.

Como para justificar ante sus amigos la tranquilidad de su espíritu, agrega más o menos Sócrates:

«Sabemos ya que la muerte no es en sí nada de terrible. Menos lo es aún para el hombre justo y debe constituir para el filósofo un cambio recibido con satisfacción. No quiere decir esto que vaya a desearla o precipitarla por su propia voluntad. No. Pero no puede dejar de ver en ella la portada por donde va a llegar al logro de sus más altas aspiraciones. El filósofo vive buscando la verdad con toda su alma, pero a esta la extravía y la obscurece el cuerpo con los fermentos de sus deseos, apetitos y pasiones y con las imperfecciones de los sentidos. Los mejores de éstos, como son la vista y el oído, nos hacen víctimas de innúmeras alucinaciones. La muerte no es otra cosa que la separación del alma de su envoltura corporal. El cuerpo baja a la tierra para entrar en un proceso de disolución y el alma del hombre virtuoso sube al otro mundo para conocer y contemplar la verdad pura sobre todas las cosas. ¿Es dable perspectiva más hermosa? De aquí que sea natural no experimentar tristeza sino alegría ante la proximidad de este viaje».

Caía ya la tarde. Sócrates fué a una pieza vecina a tomar un baño. «No dejemos a las mujeres, dijo, la molestia de lavar un cadáver».

Después entraron su mujer y sus tres hijos, uno grande y dos pequeños. Con dulce calma se entretuvo con ellos y los hizo retirarse para evitar escenas de dolor.

Entró el carcelero trayendo el veneno que debía tomar el condenado y excusándose de lo que hacía. «Tú no me harás reproches como otros, exclamó, porque eres el más valiente y el más bueno de los hombres que he conocido», y se apartó sollozando.

Los amigos de Sócrates, Critón, Fedón, Simias, Cebes y otros no pudieron contener sus lágrimas y estallaron en llanto. Apolodoro, que lloraba hacía rato, empezó a lanzar gritos y gemidos.

El único que no mostraba aflicción era Sócrates, y firme y sereno bebió la cicuta.

—¿Qué hacéis, mis queridos amigos? les dijo, no os entiendo. ¿No he hecho salir a las mujeres y a los niños para impedir estos excesos? Siempre he oído que se necesitan buenas palabras para adormecer a los que van a morir. Tened calma y resignación.

Sintiendo Sócrates los efectos del veneno que venía enfriando y paralizando sus miembros desde los pies se acostó y pronto lanzó su último aliento.

Tal fué el fin heroico de este hombre extraordinario, el más justo y el mejor de todos, según las palabras de Fedón, que ratificó con su muerte los ideales de su vida y murió por amor a sus conciudadanos y por respeto a las leyes e instituciones de su patria. Con razón ha dicho Stuar Mill que todos los días debemos acordarnos de que ha existido un hombre como Sócrates. Es un buen tónico para el espíritu.